

Sarah Ellis y la importancia de la educación de las jóvenes inglesas en la época victoriana*

Mariela Rayes**



183-199

Resumen

A partir de la difusión de los nuevos movimientos evangélicos que surgen en Inglaterra a finales del siglo XVIII y principios del XIX, comienza una etapa de resignificación de los vínculos sociales y familiares. En este sentido, las relaciones de género también encuentran su espacio de regulación dentro de estas doctrinas reformistas. El presente trabajo se propone analizar la obra *The Daughters of England: their position in society, character and responsibilities*, de Sarah Ellis, escrita en 1842, que forma parte de una serie de escritos de la misma autora que

Abstract

Together with the spread of the new evangelical movements that emerged in England in the late eighteenth and early nineteenth century, a period of redefinition of social and family ties began. Thus, gender relationships were also regulated within the framework of these reformist doctrines.

Here we analyze the book titled *The Daughters of England: their position in society, character and responsibilities*, by Sarah Ellis. Written in 1842, it is part of a series of texts by the same author sharing a common target: women.

With a clear prescriptive profile, this

* Este trabajo es una versión corregida del que se presentó, con el título "Benevolencia, hábitos hacendados y mansedumbre cristiana: la importancia de la educación de las jóvenes según Sarah Ellis", en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, octubre 2013.

** UNS. Correo electrónico: marirayes@gmail.com

comparten un mismo destinatario: las mujeres.

De carácter prescriptivo, este manual de conducta dirigido a las más jóvenes describe y normativiza cuáles son las características propias del sexo femenino y la tareas que este debe cumplir en función del rol social que lleva adelante.

Con un lenguaje cercano y familiar, la autora pretende generar cierta reflexión por parte de sus lectoras en pos de la defensa de una supuesta complementariedad entre los sexos, que limita la presencia femenina al espacio doméstico.

Palabras clave

Género
Educación
Victorianismo

handbook of conduct addressed to young ladies describes and regulates the expected characteristics of females and the tasks to be fulfilled in terms of their social role.

Using friendly and familiar language, the author aims to generate some reflection on readers in order to defend an alleged complementarity between the sexes, which restricts women's activities to the domestic sphere.

Keywords

Gender
Education
Victorianism

Fecha de recepción

31 de agosto de 2014

Aceptado para su publicación

3 de noviembre de 2014

Introducción

En Inglaterra, hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, la actitud pública hacia la moral privada se encuentra en una etapa de reformulación, en la que “la iglesia y la capilla fueron el centro de articulación y difusión de nuevas ideas relacionadas con la masculinidad y la feminidad” (Davidoff y Hall, 1994: 103). A través de los escritos impulsados por los nuevos movimientos evangélicos surgen una serie de prescripciones que apuntan a la vida cotidiana, delimitando espacios diferenciados entre los sexos, de modo que “la teoría de las esferas separadas y complementarias del hombre y la mujer, originalmente vinculada al evangelismo, se transforma en el sentido común de la clase media británica” (Davidoff y Hall, 1994: 104). La revalorización del matrimonio y la familia y la insistencia en que hombre y mujer son iguales en el espíritu, aunque sus caminos hacia la salvación sean diferentes –el del hombre es el del trabajo y la honestidad, y el de la mujer, el de la atención al bienestar moral de su familia–, son principios que se difunden no solo a través de los sermones religiosos sino también a partir de la divulgación, en un lenguaje afable y mundano, mediante los tratados de conducta. En este sentido, Burstyn señala que: “Los clérigos estaban entre los más ardientes defensores del ideal de la feminidad. Ellos ayudaron a definirlo, añadiendo a su carácter secular una dimensión espiritual propia del período: la mujer ideal debe ser la guardiana moral de la sociedad” (1980: 99). Es a partir del victorianismo que estas prescripciones adquieren una importancia capital como parte del proyecto de regulación social en función del género y de la internalización del modelo de la domesticidad de la burguesía, que se presenta como la portadora de un nuevo ideal para los géneros y las relaciones entabladas entre ellos, modelo que tiene pretensiones de universalización. Este arquetipo se apoya en la concepción de los sexos como naturalmente diferenciados, complementarios y jerarquizados, lo que permite el dominio de uno de ellos –el masculino– sobre el otro –el femenino–.

Este trabajo se propone analizar la obra de Sarah Ellis, *The Daughters of England: their position in society, character and responsibilities*, escrita en 1842 (Ellis, 1842). En este texto la autora indaga acerca de ciertas preocupaciones que surgen en la vida de las jóvenes británicas, sobre todo en lo relacionado con el sentido de sus vidas.

El discurso didáctico de Mrs. Ellis cobra la forma de una estrategia normativizadora en lo que al rol femenino respecta, con un notable poder de reproducción, dada la gran popularidad de su obra en la sociedad de la época. Se trata de una muestra de aquello que Rafael Huertas denomina “las tecnologías de dominación” (Huertas, 2009: 28), importantes a la hora de comprender cómo cobran y han cobrado forma y vitalidad las estructuras de poder, tanto ayer como hoy. Morant Deusa y Bolufer Peruga aseguran que el siglo XIX se caracteriza por la proliferación de escritos dirigidos a un público femenino que “en la época cons-

tituía una parte sustancial en ascenso, aunque minoritaria, del público lector” (1998: 192). Añaden que escribir para mujeres es una forma de intervenir en las vidas de estas, modelando sus conductas y deseos, “empezando por encauzar sus lecturas entre la oferta cada vez más amplia, señalándoles libros convenientes y desaconsejándoles otros” (1998: 192)¹.

El presente trabajo propone analizar el texto de Ellis como un ejemplo de contribución al corpus simbólico patriarcal que determina los esquemas mentales desde los que las mujeres asimilan y reproducen las relaciones de poder asimétricas, que al estar determinadas por la clasificación social de los géneros pasan a ser consideradas estructuras de pensamiento y acción naturalizadas.

Breve reseña biográfica

Sarah Stickney Ellis (1799-1872) es considerada la más famosa ideóloga de la vida doméstica, entre las muchas que escribieron hacia mediados del siglo XIX. Nacida en Ridgmont (Yorkshire), hija de un agricultor arrendatario, desde joven divide su vida entre las responsabilidades familiares y la literatura, actividad que le proporciona un modesto vivir a partir de 1830. A los 37 años entra en contacto con quien fuera su futuro esposo, Mr. William Ellis, miembro de la Asociación Misional de Londres. Como consecuencia de esta relación aumenta su interés por la religión, y en 1837, antes del matrimonio, se une a la iglesia congregacional². Ellis no tendrá hijos propios, pero se responsabilizará de sus hermanastros, sobrinos y sobrinas y sus tres hijastros.

Ya casada, continúa escribiendo prolíficamente y en 1848 establece en su casa de campo una escuela para niños, que representa una contribución económica para su hogar. Aun perteneciendo a los estratos medios de la clase media provinciana, “se dirigía sobre todo a mujeres que no tenían necesidad de ganarse la vida, demostrando que el ideal doméstico pesaba más en su literatura que su propia experiencia personal, aunque se mostrara orgullosa de su independencia económica” (Davidoff y Hall, 1994: 126).

¹ Señala Guevara: “Una de las características más notables de estos escritos es su heterogeneidad. Los manuales combinan elementos de ficción, testimonio y enseñanzas religiosas, visibilizando múltiples lecturas” (2000: 66).

² La iglesia congregacional es una forma de organización de la iglesia protestante basada en la autonomía de cada congregación, y que enfatiza la posibilidad de elección de sus propios ministros, así como sus propias formas de culto, con independencia de un gobierno eclesiástico.

Sus obras llegan a un total de 34; entre ellas hay novelas, poemas y ensayos. Chase y Levenson ubican a Ellis junto a Dickens, señalándola como “una de los mejores intérpretes de la familia de mediados del siglo XIX” (2000: 66).

Lo que una joven de clase media debe saber

En el prefacio de *The Daughters...*, Ellis aclara que este libro forma parte de un proyecto mayor, dividido en tres partes, que apunta a tratar el rol de la mujer en distintas etapas de su vida: como hija, como esposa y como madre³. También señala que sus escritos están dirigidos a las mujeres de clase media de Gran Bretaña, dada la influencia que ejercen en su país. Así, señala:

Es necesario hacer una clara clasificación de las diferentes épocas de la mujer; por lo tanto, propongo dividir el tema en tres partes, en las que se considere por separado el carácter y la situación de las hijas, esposas y madres de Inglaterra. “Las Hijas de Inglaterra” es una parte de este proyecto, y al igual que en otros trabajos, las observaciones que se ofrecen al público sobre los deberes sociales y domésticos de las mujeres se limitan expresamente a los niveles medios de sociedad de Inglaterra, por ser especialmente esta clase de mujeres la más interesante e influyente del país. (1842: Prefacio, s.p.)⁴.

En el primer capítulo de la obra, denominado “Cuestiones importantes”, Ellis establece una clara diferencia entre los atributos que poseen hombres y mujeres, resultado de una naturaleza distinta entre ambos sexos. Afirma la autora: “Como mujeres cristianas, [...] la primera cuestión es admitir ser inferiores a los hombres en relación al poder mental, en la misma proporción en que lo somos en fuerza corporal” (1842: 11). Esta jerarquización es explicada por Héritier a través del concepto de “valencia diferencial de los sexos”, que implica “que en nuestras representaciones lo masculino sea superior a lo femenino” (2007: 122). Ahora bien, esto no implica que haya una visión negativa de la mujer ni una denostación de su figura: “no quiere decir que las mujeres están en una situación de opresión [...] sino que se trata de una idea que se considera evidente” (Héritier,

³ Siguiendo esta idea, la autora publica en 1839 *The Women of England (Las mujeres de Inglaterra)*, en 1842 *The Daughters of England (Las hijas de Inglaterra)*, y en 1843 *The Wives of England (Las esposas de Inglaterra)* y *The Mothers of England (Las madres de Inglaterra)* (Ellis 1839, 1842, 143a, 1843b).

⁴ La traducción de todos los fragmentos de textos ingleses citados en español es de Mariela Rayes.

2007: 122)⁵. Así, pues, se admiten y valorizan aquellas cualidades consideradas específicamente femeninas. En el caso de Ellis, esto se ve claramente cuando afirma: “La mujer puede poseer mayor aptitud de movimiento y gracia, así como suaves toques de belleza mental y espiritual, haciendo más adorable la vida del hombre” (1839: 9).

Siguiendo con esa enumeración, la autora señala como uno de los mayores atributos de las mujeres su capacidad de ejercer influencia sobre los seres que la rodean. Afirma Ellis:

La fuerza de la mujer está en su influencia. Y para hacer esta influencia más completa, se encontrará que por naturaleza está dotada con facultades peculiares –rapidez de percepción, facilidad de adaptación y sentimiento– que le sirven fundamentalmente para la función que tiene que interpretar en la vida y que, al mismo tiempo, la dotan, en un grado más alto que a los hombres, de sensibilidad para el sufrimiento y la felicidad (1842: 10).

Esta cualidad no puede ser entendida si no es en relación a un grupo del cual la mujer es parte y sobre el cual ejerce esa influencia. En este sentido agrega la autora:

Como cristiana, ¡cuán profunda es la perspectiva que se abre ante ti, [...] qué profunda es la responsabilidad que esa capacidad lleva consigo! En primer lugar, tú no estás sola, tú estás en una familia, en un círculo social, en una comunidad, en una nación (1842: 10).

En este punto, la autora quiere ser clara con sus destinatarias, a quienes caracteriza como “aquellas jóvenes damas que –como se dice usualmente– han completado su educación [...] y cuya mente es materia de nuevas impresiones, [...] mujeres que se preguntan: ¿cuál es mi posición en la sociedad?, ¿cuál es mi objetivo?” (1842: 7). La respuesta, según la escritora, abre una nueva disyuntiva:

Ser buena y feliz [...] [;] hay una diferencia importante en dar prioridad a una u otra de estas dos palabras [...]. En un caso, el objetivo es asegurarte a ti misma todas las ventajas que puedas disfrutar, en el otro nos fijamos primero en nuestros deberes y nos sometemos sin reserva (1842: 9).

⁵ Esta aceptación de una verdad evidente que legitima la jerarquización entre los sexos también es señalada por Chartier, cuando afirma: “Definir la sumisión impuesta a las mujeres como una violencia simbólica ayuda a entender cómo la relación de dominación, que es una relación históricamente y culturalmente construida, es siempre afirmada como una diferencia de naturaleza, irreductible, universal” (1993: 103).

En el caso de las mujeres, la resolución es clara:

Debo dar por hecho que la joven lectora de estas páginas ha reflexionado seriamente sobre su posición en la sociedad como mujer, ha reconocido su inferioridad con respecto al hombre, ha examinado su propia naturaleza, [...] como una mujer cristiana, ha hecho su decisión de no vivir para ella, sino para los demás (1842: 11).

Esta idea de vivir para otros confiere a la mujer una responsabilidad a través de la influencia moral que ella ejerce:

Ya he dicho que las mujeres deben contentarse con ser inferiores a los hombres, y dicha inferioridad consiste en su falta de energía, pero esta deficiencia es compensada por su capacidad de influencia [...] [,] estando exenta de las ocupaciones más laboriosas tanto de la mente como del cuerpo y de la necesidad de participar en especulaciones pecuniarias y en el feroz conflicto de intereses mundanos por los cuales los hombres están tan ocupados (1842: 14).

Puede observarse entonces cómo un espacio vedado para las mujeres –lo público– le otorga a la mujer una de sus mayores responsabilidades; la de ser guardiana y transmisora de los valores morales. Señala Beauvoir que los mecanismos de reclusión de la mujer en el hogar –pedagógicos, simbólicos y estéticos– proporcionan modelos discursivos y lingüísticos eminentemente psicológicos que cubren el espacio de la interioridad, de la subjetividad femenina: “Su interior se convierte en el templo en el que se desarrolla su culto” (Beauvoir, 2011 [1949]: 791-792)⁶.

Las jóvenes deben asumir esta función social prioritaria, y en este sentido Ellis señala que es importante regular sus emociones –de ahí que su obra se dirija hacia ellas–, puesto que “es relativamente fácil gobernar nuestros sentimientos cuando despiertan por primera vez” (Ellis, 1842: 15)⁷. Y agrega: “Es, en efecto,

⁶ Lo público –de hegemonía masculina– y lo privado se crean a partir de una serie de prácticas vigentes que continúan en formación. Gay (1992) elabora el concepto de “borde social” para describir este perfil de esposa y madre que posee cualidades que la muestran como un especie de sacerdotisa de su santuario, el hogar, al que acude su marido luego de abandonar el espacio público: Estos atributos cuasi sobrenaturales le proporcionan a la mujer cierta cuota de poder que le permite controlar una serie de instancias que llegan hasta lo público, siendo ella articuladora de cierto circuito de influencias.

⁷ En el mismo sentido, Smiles afirma: “Las costumbres virtuosas prendían más fácilmente en la juventud y perduraban toda la vida” (cit. en Cominos, 1973: 155; traducción de Mariela Rayes).

terrible contemplar la extensión de la ruina y la miseria a la que la mujer puede ser llevada por la fuerza de sus propios sentimientos impetuosos no regulados" (1842: 16). La formación religiosa de las jóvenes se constituye entonces como aliado fundamental:

Es necesario un conocimiento íntimo de las Escrituras. En este momento tú apenas puedes ser consciente del valor extremo de este conocimiento, que te servirá durante la vida como algo rico y precioso, no solo para tu propio consuelo y la renovación de la propia fe, sino por la comodidad, la orientación y el apoyo de todos los que entran en el ámbito de su influencia, o que dependen de vosotras (1842: 20).

Aprendiendo a administrar el tiempo

Durante el siglo XIX, la hegemonía burguesa se presenta en Inglaterra no solo en lo económico y político, sino que se traslada al orden de lo simbólico. De este modo, la separación entre los ámbitos doméstico y laboral implica la necesidad de una regulación más precisa y racional en el uso del tiempo. La ética del trabajo y del esfuerzo se convierten en pilares del orden burgués, lo que conlleva a ver en la administración del tiempo un valor fundamental, evidente en el mundo de lo público, pero también presente en la esfera privada. Obedeciendo a esta cuestión, surgen escritos que crean un mercado, cuya importancia reside en que consagran valores fundamentales para la cultura doméstica de la clase media⁸. Así, Ellis se encarga de realizar una serie de sugerencias para que las jóvenes inglesas sean en el futuro buenas administradoras de su hogar, en las que el componente religioso no deja de estar presente.

La autora comienza señalando cuáles son los beneficios que otorga una buena administración del tiempo, los que en el caso de las mujeres tienen que ver con el cumplimiento de sus deberes. Así, afirma:

El hábito de hacer cálculos correctos sobre lo que se puede hacer en cualquier porción de tiempo determinado es lo primero para empezar, porque sin ello somos muy propensas a continuar con cualquier cosa que pueda surgir y nos interese, haciéndonos culpables del descuido de nuestros deberes más importantes (1842: 29).

Además, señala la importancia que reviste una correcta planificación del tiempo, y advierte a sus lectoras sobre los perjuicios que acarrea la omisión de este principio:

⁸ Cfr. Davidoff y Hall (1994, Cap. III).

Hay ciertas personas jóvenes –y temo que no son pocos– que se levantan cada mañana confiando en que el día les proporcionará sus propias ocupaciones y diversiones [...]. Sus sentimientos se convierten en inquietos e ingobernables, mientras se da rienda suelta a la imaginación sobre un campo ilimitado de observaciones vagas y deformadas, que conduce sus afectos al cumplimiento de cualquier capricho o fantasía (1842: 29-30).

Para evitar este tipo de conductas un tanto díscolas, Ellis aconseja:

La primera de estas reglas es, para vosotras, acostumbrar cada mañana a decir lo que se piensa hacer, y todas las noches, con la misma sinceridad, decir lo que realmente se ha hecho durante el día. Si encuentras alguna diferencia sustancial entre lo que has previsto y lo que has logrado, trata de corregirlo, y al día siguiente ten la misma disposición, o lo que es mucho mejor, esfuérzate por lograr más. Esto es lo más recomendable, porque aprendemos tanto de la experiencia como de la observación (1842: 31).

Ahora bien, dado el carácter pragmático del manual de conducta, la autora pretende fomentar el espíritu activo de sus jóvenes lectoras de acuerdo con las prescripciones señaladas. De este modo, para completar la importancia de la planificación del tiempo, agrega:

La siguiente regla a establecer es, si cabe, de mayor importancia que la primera. Siempre se debe ser capaz de decir lo que se está haciendo y no solo lo que se va a hacer [...]. Decir “voy a hacer esto o aquello” o decir “estoy realmente haciendo” [...], ¡cuán grande es la diferencia entre estas dos expresiones!” (1842: 32).

Ellis señala que aun siendo múltiples, las obligaciones domésticas de las mujeres deben realizarse bajo el principio del amor. Las acciones femeninas están imbuidas en el sentimiento de entrega al otro, y esto no solo queda limitado al trato dulce hacia los demás, sino también en la administración del hogar. Afirma la autora:

Cabe preguntarse, ¿cómo puede operar aquí la ley del amor? Yo respondo precisamente de este modo: Nunca somos tan útiles a los demás como cuando hemos aprendido a economizar nuestro tiempo [...]. Sin tener cultivados tales hábitos, nuestras intenciones – más aún: nuestras promesas– a menudo son causa de muchas decepciones dolorosas, y nuestros seres queridos dejarán de depender de nuestra ayuda (1842: 35).

A través de un claro ejemplo, la autora afirma que la administración del tiempo y el trato cordial son deberes propios de las mujeres: “Cuando en un viaje todas las cosas se arreglan a su debido tiempo, se deja el último día para todas las demandas de afecto...” (1842: 40). El mandato es claro para sus lectoras: las tareas domésticas deben cumplirse de forma eficiente y deben estar acompañadas por sentimientos de amor y entrega.

Habilidades y destrezas femeninas

Una de las mayores inquietudes de Ellis se vincula con los aprendizajes y destrezas que la juventud femenina debe incorporar a sus vidas. En una obra anterior, *The Women of England* (Ellis, 1839), la autora ya señala con preocupación cierta pérdida de los valores tradicionales en las nuevas generaciones. Así, encuentra peligrosas aquellas nuevas ideas que contrarían el cimiento moral de la nación, eje fundamental del orden social de la época, advirtiendo:

Quando el cultivo de las facultades mentales avanzó tanto como para tener prioridad sobre la moral, no dejando tiempo para la utilidad doméstica y la práctica del ejercicio personal sino yendo detrás de la felicidad general, el carácter de las mujeres de Inglaterra asumió un aspecto diferente, que ahora está empezando a mostrarse a la sociedad en la carencia de sensibilidad y en los hábitos inútiles de la nueva generación. La mayor parte de las jóvenes, en la actualidad, se distinguen por una apatía morbosa (1839: 11-12).

Esta preocupación ante la pérdida de valores tradicionales por parte de algunas jóvenes, con el consecuente perjuicio social que acarrea, es compartida por distintos exponentes del pensamiento burgués de la época victoriana, incluso por aquellas mujeres que se han visto beneficiadas por el acceso a estudios superiores. En este sentido, es interesante señalar el caso de Anne Kenealy (1864-1938), quien ejerció la medicina durante esta época. Coincidiendo con lo que afirma Ellis, Kenealy admite el temor que le causa ver que “en la amable excitación de su nueva independencia, ella pueda olvidarse de que se le ha confiado el bienestar de sus niños, y a través de ellos, el progreso de la raza” (Kenealy, 1996 [1890]: 256). Por lo tanto, hacer proyectos en otro sentido que no sea el de ser exclusivamente madre, o plantear la maternidad como compatible con algún tipo de trabajo, es visto como un atentado contra el progreso humano, puesto que la totalidad de las energías femeninas deben ser puestas en los hijos. Lo contrario sería una irresponsabilidad para el futuro orden de la sociedad. Este discurso es un elemento más que eficaz en el mantenimiento de la situación de confinamiento de la mujer.

Para evitar estos males que acarrearían un gran perjuicio social, la autora se encarga de enfatizar el rol fundamental que juega la religión. Insistiendo en el error en que caen muchas de las jóvenes modernas, Ellis agrega luego de criticarlas: “Por supuesto, hablo de aquellas cuyas mentes no están bajo la influencia del principio religioso. ¡Ojalá que la excepción pueda extenderse a todas las que profesan ser regidas por este principio!” (Ellis, 1839: 11-12).

Ahora bien, ¿qué es lo que una joven debe saber?, ¿qué destrezas debe cultivar? La respuesta de la autora, una vez más, está en relación directa con aquellas cualidades que se supone son naturales en las mujeres; en este caso, la de poseer “dedos ágiles”. Así, afirma que

la habilidad de la mano, por lo tanto, aunque casi enteramente descuidada en la educación moderna, excepto en lo relativo a la práctica en las teclas del piano, que imparte el encanto adicional propio de las mujeres, debe sumarse a la capacidad de utilidad general, y a una preparación consecuente para la acción cuando las circunstancias requieran de nuestros servicios (Ellis, 1842: 42).

De alguna manera, la enseñanza de las labores de aguja se justifica sobre la base de otra de las cualidades femeninas específicas, consistentes en la atención de los otros:

[E]n tan poca cosa como una nueva puntada, he encontrado un uso, y en un tiempo sorprendentemente breve, ya que he ocupado lo que hubiera sido tiempo ocioso [...] [;] y se lo he enseñado a otras que estaban más necesitadas que yo [...] [;] labor que tiene beneficios no tanto para nosotras mismas sino para los demás (1842: 42).

Ellis se ocupa también de aquellos saberes que no se relacionan de forma directa con las habilidades domésticas. En este sentido, se ocupa de la importancia de que las mujeres adquieran otros tipos de conocimientos. Aun así, la autora establece algunos límites:

Tampoco es necesario que debas sacrificar alguna parte de tu delicadeza femenina por bucear demasiado profundo, o acercarte demasiado a la silla del profesor. Unas nociones de la ciencia en general es todo lo que aquí se recomienda, puesto que pueden servir para evitar algunos temores infundados e irracionales, que surgen de aprehensiones erróneas de los fenómenos de la naturaleza y del arte; pero sobre todo, para ampliar los puntos de vista de los grandes y gloriosos atributos del Creador, como lo demuestra en las más sublimes, así como también en las más insignificantes obras de su creación (1842: 55).

Es interesante señalar que, según la autora, la importancia de la adquisición de ciertos conocimientos generales no viene dada por la búsqueda del desarrollo individual de la mujer, sino que está en relación con los vínculos que se establecen con el sexo masculino. Señala Ellis en relación a los hombres:

Si están atentos al encanto del sexo más noble por su apariencia, vestimenta y costumbres, seguro que es de mayor importancia que se interesen por su conversación, puesto que por esta habilidad primero agradarás y en última instancia podrás llevar adelante tu influencia hasta el final de tus días (1842:56).

Delicadeza, buen gusto e interés por lo cotidiano

Uno de los temas abordados por Ellis en su obra se refiere a lo que se considera de buen gusto para las jóvenes damas. Así, la autora revaloriza ciertas características femeninas, señalando qué es lo que hace que una mujer sea agradable, y descalifica otras, por considerarlas engañosas y hasta peligrosas. Al respecto afirma la autora:

Por encima de todas las otras características que adornan al sujeto femenino, la delicadeza destaca sobre todo en el ámbito del buen gusto. No es esa delicadeza que está perpetuamente en busca de algo de que avergonzarse, que hace un mérito del rubor [...] [;] ese tipo de falsa delicadeza está alejada del buen gusto; pero es a partir de los buenos sentimientos y el buen sentido que esa delicadeza noble mantiene la pureza de su andadura [...]. Esta es una parte importante del buen gusto; se enseña como el primer principio de las buenas costumbres (1842: 104).

Ellis advierte que además, es fundamental que la delicadeza, como atributo propio de una mujer, debe ejercitarse desde edades tempranas, puesto que

el mayor encanto femenino, si es totalmente descuidado en la juventud, después no se adquiere nunca más. Cuando la mente se ha acostumbrado a lo que es vulgar o a lo bruto, la delicadeza del sentimiento se ha ido, y nada puede restaurarla (1842: 105).

La autora señala, por otra parte, lo que considera uno de los mayores problemas en relación a las jóvenes de la época. Realiza un análisis de algunas situaciones de la vida cotidiana, y constata que muchas de las labores que hasta entonces habían sido realizadas con sumo interés han perdido fuerza. Afirma Ellis:

Hay una palabra en nuestro idioma de significado más inexplicable, que por consentimiento universal, se ha convertido en una especie de prueba de palabra entre las jóvenes, y en la que vale la pena poner atención. Me refiero a la palabra interesante [...] [cuyo] significado es sinónimo de emocionante, y es aplicable a todo lo que despierta el sentimiento y produce emoción. Nunca ha habido un engaño más insidioso que en el uso arbitrario de esta palabra peligrosa y engañosa, ya que está muy presente entre las mujeres jóvenes. Pídale a una de ellas que le explique por qué seguramente no puede leer un libro serio; ella responderá: “el estilo es tan poco interesante”. Pregúntele a otra por qué no asistirá a una reunión pública para el beneficio de sus semejantes, y ella responderá que “estas reuniones han perdido su interés” (1842: 112).

En este punto, dado que se dirige a un público lector, Ellis señala que si bien hay novelas que exaltan la emoción y la aventura como elementos atractivos, el mundo real que rodea a estas jóvenes se constituye como instancia superadora de aquellas:

en tus paseos diarios, bajo el techo paterno, o en la reunión junto a la chimenea del hogar familiar, a menudo hay sentimientos tan profundos y una experiencia tan ricamente cargada de interés como la que brillaba en unos versos o en un relato. No hay, no puede haber, ninguna falta de interés en las cosas comunes en el ejercicio de la simpatía de nuestra naturaleza, y no hay novela que haya exhibido escenas de tan profunda emoción (1842: 114).

La autora finaliza exhortando a sus lectoras a que traten de encontrar la intensidad de sus vidas no en el mundo de lo ficticio sino “buscándolo en sus diferentes formas: el amor de la madre tierna [...], la alegría de la juventud, [...] la paciencia en el sufrimiento; el cuidado desinteresado, la tranquila resignación y la fe ardiente”. Y concluye:

¿Hemos de decir que no sentimos ningún interés en las realidades de las cuales la novela y el drama no son sino imitaciones débiles? Si dirigimos nuestra atención a la vida humana tal como es, y empleamos nuestros poderes de observación sobre las cosas comunes, debemos encontrar una fuente inagotable de interés, no solo en la simpatía de nuestra naturaleza común, sino en todo lo que muestra la sabiduría y la bondad del Creador. Ese es nuestro objetivo último y la mayor facultad de todas las que poseemos, la de percibir la huella del dedo de Dios sobre todo lo que su voluntad o su mano han diseñado (1842: 115).

Un manual dedicado a la juventud

Al final de la obra analizada, Ellis se encarga de señalar que su intención no ha sido escribir una obra de tipo religiosa, si bien admite que “son extremadamente raros los casos en que el Espíritu Santo no despierta en el alma humana la percepción de su verdadera situación en tanto ser responsable de los propios actos” (1842: 264). De este modo, la educación en la fe y la asimilación de sus preceptos son pilares fundamentales en la formación de las jóvenes generaciones. Como se ha señalado al comienzo de este trabajo, el ideario evangélico, lejos de quedar contenido dentro de los muros de la iglesia, se filtra en la vida cotidiana de las personas, generando un nuevo marco moral desde el cual se elabora un modelo prescriptivo de comportamiento y de actitudes para hombres y mujeres. Afirma Hamilton que las familias, “al funcionar como pequeñas iglesias necesitaban miembros que fuesen capaces, al menos teóricamente, de originar un alto nivel de moralidad” (1980: 89).

La autora reconoce que los temas abordados en su libro suelen ser ignorados por parte de los doctrinarios en materia religiosa, puesto que este trata sobre cuestiones de la vida práctica:

[E]n esta obra me he esforzado para que todo sea favorable a los intereses de la religión, al señalar ciertos deberes menores de la vida, [...] que escritores estrictamente religiosos consideran de forma casi unánime como demasiado insignificantes para su atención. Y tal vez no sea fácil entrelazar estas nimiedades aparentes en la práctica con los grandes principios fundamentales de la fe cristiana (Ellis, 1842: 264).

Ante esta situación, y en correspondencia con lo que ya se ha señalado, afirma:

Yo soy de las que piensan que la religión nunca debe ser tratada o considerada como algo apartado del uso cotidiano y familiar, o de lo que hablar casi exclusivamente en los días de reposo [...]. A mí me parece que la influencia de la religión debe ser como una atmósfera que impregna todas las cosas relacionadas con nuestro ser [...]. Cuando se lo piensa desde este punto de vista, nada puede ser demasiado pequeño (1842: 264)⁹.

⁹ Esta situación se exalta también desde lo político. En este sentido, señala Ellis: “Las características nacionales de Inglaterra son el orgullo de sus patrióticos hijos, y hay uno en particular que nos corresponde a todos los súbditos británicos, no solo para que nos alegremos de su existencia, sino para cuidarlo y mantenerlo: el de las virtudes del hogar, que es que lo que hace a Inglaterra tan justamente célebre” (1839:10-11). La autora postula la importancia del mantenimiento de aquellos preceptos morales que han llevado a Inglaterra

Una de las mayores preocupaciones de la autora se relaciona con las tentaciones mundanas en las que pueden caer sus jóvenes lectoras. Así, les advierte:

¿Puede algo que se relaciona únicamente con el cuerpo, que es fugaz como un soplo, desviarte de lo que es puro, inmortal y divino? [...] [C]reo que la influencia más peligrosa que ejerce la sociedad sobre las mujeres jóvenes se deriva de las personas de mentalidad mundana (Ellis, 1842: 267).

La formación cristiana es lo que hace que las jóvenes eleven su carácter moral, rechazando los intereses exclusivamente terrenales. Esto se logra, según Ellis, “con la mujer que ha hecho de la religión su fortaleza” (1842: 272). Y es en el cumplimiento de lo que les es prescripto que “el principio de amor llena su alma y ella es más feliz” (1842: 272).

La enseñanza moral y religiosa que reciben los sujetos desde sus primeros años en el seno de su hogar adquiere su mayor relieve en la etapa de la juventud. En este sentido, afirma Ellis que “si eres joven, debes estar contenta de que tienes más para ofrecer” (1842: 273). En correspondencia con el sentido de amor al prójimo, propio de las mujeres, destaca la importancia de su participación en tareas vinculadas a la caridad. Dada la formación evangélica de la autora, si bien las buenas obras no son necesarias para alcanzar la salvación, su importancia reside en la satisfacción que de ellas reciben quienes las llevan adelante: “A pesar de que no estamos obligadas a hacer nada para comprar las bendiciones de la gracia y de la salvación, sin duda [las obras de caridad] ofrecen una satisfacción adicional para una mente generosa” (1842: 273)¹⁰.

Para finalizar su obra, Ellis aclara a sus lectoras: “Nada de lo que he puesto a tu consideración como hábitos deseables y de conducta tiene consistencia ni fundamento, a menos que se basen en los principios cristianos y con el apoyo de la fe cristiana” (Ellis, 1842: 280). El mensaje es claro: la formación moral de las jóvenes se encuentra indisolublemente unida a su fe religiosa.

al lugar en el que se encuentra, y es por ello que decide escribir sobre cuestiones relativas a la vida doméstica.

¹⁰ Con respecto al mismo asunto, afirma Smiles: “pocas [mujeres] franquean los límites del hogar en busca de un campo más vasto de utilidad. Pero cuando lo han hecho, no han tenido dificultad para encontrarlo [...] [;] no se necesita otra cosa que el corazón dispuesto y la mano lista” (Smiles, 1913: 168).

Conclusión

Los manuales de conducta constituyen un claro ejemplo de la materialidad que cobra la alianza entre los principios morales y religiosos en la Inglaterra victoriana. A través de un discurso afable que tiene como destinatarias directas a las jóvenes de clase media, las prescripciones relativas a los comportamientos y actitudes propias de hombres y mujeres pretenden alcanzar un alto grado de asimilación por parte de las nuevas generaciones, gracias a la cercanía que intenta mostrar, en este caso, su autora. A través de un lenguaje llano, Ellis se dirige directamente a sus lectoras y procura, a través de una reivindicación de lo cotidiano, dar fuerza a una estructura normativa que establece que ellas son seres esencialmente modelados por el deseo y las necesidades del otro, ya sea este el padre, el hermano o el esposo; y su ámbito es claramente el doméstico. Estas normas prescriptas, y las que se aprenden en la cotidianeidad, son las que van conformando las estructuras mentales que se naturalizan y dan como resultado el delineamiento de la feminidad victoriana. Tener cualquier otra ambición, expectativa o aun gusto personal y curiosidad que no sean conformes a esta regla implica una anomalía en la esencia femenina, un apartamiento de la norma. La subjetividad femenina queda así sujeta a la voluntad masculina.

Fuentes

Ellis, Sarah (1839), *The Women of England, Their Social Duties and Domestic Habits*, Londres, Fisher, Son & Co, [disponible en <https://archive.org/details/womenofenglandth00ellirich> - consultado el 1 de agosto de 2014].

---- (1842), *The Daughters of England, Their Position in Society, Character and Responsibilities*, Nueva York, Appleton and Company, [disponible en <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015064810131;view=1up;seq=7> - consultado el 1 de agosto de 2014].

---- (1843a), *The Mothers of England: Their Influence & Responsibility*, Londres, Fisher, Son, & Co., [disponible en <https://archive.org/stream/mothersenglandt01elligoog#page/n5/mode/2up> - consultado el 1 de agosto de 2014].

---- (1843b), *The Wives of England: Their Relative Duties, Domestic Influence, & Social obligations*, Londres, Fisher, Son, & Co., [disponible en <https://archive.org/details/wivesofenglandth00elliuoft> - consultado el 1 de agosto de 2014].

Kenealy, Arabella, (1996), "The Talent of Motherhood", en Rowold, Katharina (ed.), *Gender and Science*, Londres, Thoemmes Press, pp. 243-258, [1890].

Smiles, Samuel (1913), *Character*, Londres, John Murray, [1871].

Bibliografía referida

Beauvoir, Simone de (2011), *El segundo sexo*, vols. I y II, Madrid, Cátedra, [1949].

Burstyn, Joan (1980), *Victorian Education and the ideal of Womanhood*, Nueva Jersey, Barnes & Noble Books.

Chase, Karen y Levenson, Michael (2000), *The Spectacle of Intimacy: A Public Life for the Victorian Family*, Princeton, Princeton University Press.

Chartier, Roger (1993), "Historia, lenguaje, percepción. De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social", *Historia Social*, nº 17, pp. 97-103.

Cominos, Peter (1973), "Innocent Femina Sensualis in Unconscious Conflict", en Vicinius, Martha, *Suffer and Be Still*, Bloomington y Londres, Indiana University Press, pp. 155-172.

Davidoff, Leonore y Hall, Catherine (1994), *Fortunas familiares*, Madrid, Cátedra.

Gay, Peter (1992), *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. I. La educación de los sentidos*, México, Fondo de Cultura Económica.

Guevara, Rosa (2000), "¿Quién escribe los manuales? Una lucha por el poder interpretativo", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 26, nº 52, pp. 63-77.

Hamilton, Roberta (1980), *La liberación de la mujer. Patriarcado y capitalismo*, Barcelona, Ediciones 62.

Héritier, Françoise (2007), *Masculino/Femenino II*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Huertas, Rafael (2009), "Medicina social, control social y políticas del cuerpo. La subjetivización de la norma", en Miranda, Marisa y Girón Sierra, Álvaro (eds.), *Cuerpo, biopolítica y control social*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 19-41.

Morant Deusa, Isabel y Bolufer Peruga, Mónica (1998), *Amor, matrimonio y familia*, Madrid, Síntesis.